

¿La Francmasonería, una cofradía como las demás?



El patrimonio cultural inmaterial – según la definición que da el ministerio francés de la cultura - es « *el conjunto de los saberes, prácticas, expresiones o representaciones que una comunidad humana reconoce como procurándole un sentimiento de continuidad y de identidad* ».

Las cofradías de hoy son, entonces, las manifestaciones de la existencia de este patrimonio inmaterial. Al principio, estaban vinculadas a la ayuda mutua, a la protección de los miembros y a la perpetuación de las tradiciones. En la Edad media se conocen sus éxitos, que sean en el orden religioso. Hoy - en Europa por lo menos - vemos la presencia, sino la resurgencia de estas organizaciones, incluyendo - sobre todo en Francia o en España - el campo gastronómico.



Sea del orden sagrado o profano, todas las cofradías ponen en escena un ritual y una fuerte simbólica, en particular durante las ceremonias de entronización o de iniciación.

Mitos, misterios, leyendas, conmemoraciones, constituyen los fundamentos sobre los cuales se reúnen estas comunidades. Todas contribuyen a la formación y perpetuación de diversas identidades a lo largo de la historia.

Si las cofradías de esencia cultural tienen en su mayoría, como

objeto, la construcción de una identidad regional y territorial (Capítulo de la Cofradía Vasca de Gastronomía, Orden de las Costas de Champaña, Cofradía de los nobles vinos del Jura y del Comté, Cofradía de las salchichas del Valle de Loire, etc.), las cofradías religiosas o profesionales defienden los valores que las unen (fue - y todavía es - el caso de los Templarios o de los Hospitalarios, de las varias Cofradías de penitentes, pero también del gremio de los fabricantes de queso, o de los Compañeros del Tour de France, etc., etc.).

Hecho remarcable, las cofradías están todas basadas – a un momento dado - sobre ritos y encuentros alrededor de una mesa. Los estudios universitarios muestran la importancia del sentimiento comunitario, exacerbado desde siglos, a través de periódicos ágapes. Así, el banquete Pentecostal suele ser regular, notablemente en Francia, donde las cofradías gastan la gran parte de su presupuesto, y esto desde la edad media.

El rol filantrópico de las cofradías esta también atestado por los historiadores: de hecho, las necesidades de solidaridad, ligadas entre otras a la inmigración, siempre han existido (por ejemplo, 62% de los habitantes de Aviñón en el siglo XV declaran provenir del exterior de la ciudad) y las cofradías funcionaban como una estructura de acogida. La organización de fiestas en común nutre la solidaridad, así que la integración de los nuevos miembros. Según los estatutos de la cofradía del Santo Espíritu de Aviñón, el banquete debía ser compartido por todos los miembros. Los ausentes no estaban olvidados y se le traía la comida a casa.



El rey bebe (1640), J. Jordaens.



Calle Genova, Cabral Berajano (1827-91).

Los estatutos indican igualmente que cada miembro, en esta ocasión debía contribuir a alimentar siete pobres. La ayuda mutua de las cofradías de la edad media comprende también una dimensión más allá de lo material: se trata de la ayuda

espiritual, notablemente durante las fiestas religiosas o los funerales. Es aquí cuando la cofradía afirma su función de «familia de sustitución». Generalmente, acompañar el difunto hacia el lugar de inhumación es un deber, así como ayudar a los enfermos, acompañarlos, y consolarlos.

Ayudas espirituales y materiales van a la par. Como los desplazamientos son frecuentes en la edad media, las cofradías contribuyen así a los gastos de viaje de los más pobres. En general, se trata de préstamo de dinero (sin tener que pasar por un usurero) que de donación. Esta ayuda, ligada a la « nueva pobreza » debida a la inmigración de la época, no concierne la pobreza generada por « el crimen, o el juego ». De esta manera las cofradías exigen de sus adeptos el respeto de la moral común. Deben ser de « bona fama », se dice en la Edad Media, ‘libres y de buenas costumbres’ se dirá en el siglo XVIII... Las cofradías de hoy corresponden todavía a estos valores.

Corresponde entonces preguntarse: ¿Es la Francmasonería una cofradía como las demás?

En este breve estudio, y comparando con nuestras prácticas, parece indudable que la Francmasonería moderna tiene raíces comunes con las cofradías de la edad media e incluso más antiguas. Pascal Lardellier de la universidad de Borgoña, pone en relevancia tres valores importantes en las cofradías: la identidad, la transmisión y la importancia del trabajo colectivo. Además, en las ceremonias, señala, se perciben tres principios: estética, dramatización y escenificación.

Sin embargo, desde el principio del siglo XVIII, la Francmasonería busca algo más que esta dimensión tradicional: se trata en particular de dos corrientes que buscan:

- (a) acompañar el progreso apoyándose sobre la razón y la ciencia,
- (b) profundizar el conocimiento de si-mismo gracias al esoterismo y la filosofía.

Sobre esta base, la Francmasonería liberal se ha desarrollado desde casi 300 años en numerosas obediencias con numerosos ritos. Además, la Francmasonería mezcla tres elementos complementarios:

- (a) la tradición, la fraternidad y la ritualica de las cofradías,

- (b) el desarrollo de los saberes y la reflexión exotérica, y
- (c) el camino iniciático y la reflexión esotérica.

De hecho, los Hnos, desde el principio, quisieron guardar, sino desarrollar, una cierta espiritualidad, lo que se demuestra complicado cuando se quiere combinar modernidad y tradición... En el Reino Unido, estas características serán la base de la querrela entre « ancianos » y « modernos », generando a principios del siglo XIX un compromiso que - para los “regulares” - todavía es difícil rediscutir.



Heredera de las cofradías, la masonería es diversa, pero se reconoce sobre todo por su método simbólico y por sus valores: la libertad de pensamiento, la igualdad, la fraternidad y el deseo de actuar por el progreso de la humanidad, por la búsqueda de la verdad, por el desarrollo individual de cada uno de sus miembros y el trabajo en grupo. Este trabajo es fundamental en Francmasonería (es un deber), no solamente porque la unión genera fuerza, pero también porque la confrontación de ideas permite una mejor resolución de problemas complejos.

Además, cada uno de nosotros necesita relaciones interpersonales enriquecedoras. Así, se puede evitar la percepción de la soledad, un sentimiento que puede engendrar una gran ansiedad. Un grupo no puede funcionar si sus miembros no aceptan el intercambio de ideas y la mirada benevolente de los unos hacia los otros. Escuchen una linda historia mencionada en uno de los últimos libros de Irvin Yalom : « *Un rabino discutía con el Señor del paraíso y del infierno. Le voy a mostrar el infierno dijo el Señor. Aquí, en una sala, se encontraba una mesa redonda y, alrededor, gente hambrienta. De hecho, aunque la mesa tenía en su centro platos de excelente comida, ninguno podía alcanzarla sino con una gran cuchara, pero cuya longitud era superior a la longitud de sus brazos, lo que les impedía llevar la comida a su boca. Ahora, le voy a mostrar el paraíso dijo el Señor. Abrió otra puerta y el rabino vio la misma escena, pero la gente estaba aquí muy feliz. El rabino no entendía. « Es muy simple dijo el Señor... Vea... han aprendido a nutrirse los unos a los otros ».*



Esta historia no se aplica únicamente a la Francmasonería, por supuesto, pero esta sin embargo característica de los grupos que funcionan bien.

Entonces, preguntémonos otra vez: ¿Es la FM: una cofradía como las demás?

Hay que admitir que, contrariamente a la utopía de una masonería universal, la Francmasonería es múltiple, diversa, según los ritos y orientaciones de las jurisdicciones... al igual - de hecho - que las cofradías regionales, militares o religiosas. Encontramos en Francmasonería la cuasi-totalidad de sus prácticas, que sean la puesta en escena, la dramatización, los trabajos de mesa y, sobre todo, el respeto de la fraternidad, una base esencial de las cofradías antiguas.



¿Sería que el desarrollo de los saberes y el enfoque filosófico pueden justificar que la Francmasonería no sea una cofradía como las demás? o bien, ¿Estaría más cercana a las cofradías de orden religioso, como lo sugiere indirectamente Jacques Rifflet en su análisis de los mundos sagrados?

Su dimensión sacra y simbólica está, de hecho, fuertemente ligada a la cultura judeo-cristiana, incluso si la tendencia adogmática y laica ha influido fuertemente sobre los rituales desde el fin del siglo XIX. El enfoque simbólico parece ser, sin embargo, una característica de nuestra Orden, diferente al de las cofradías. Los rituales, por la utilización ordenada de símbolos, palabras, gestos, sonidos y silencio - y la reflexión sobre estos rituales - son el medio que permite la expansión de la conciencia y la obtención de una cierta transcendencia.

¿Sería la FM: - incluso adogmática y laica - una cofradía de creyentes?



De hecho, no es inútil interrogarse sobre la significación de este verbo: «creer»... Desde el “siglo de las luces”, y por los masones en particular, la creencia no sería que una certeza emancipada del trabajo de la razón. La etimología de «creer» no tiene sin embargo nada de despreciativo: su origen viene del

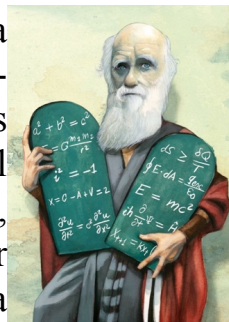
sánscrito *kredh*, que significa «fuerza vital». Creer, es depositar en alguien (o en algo) una parte de esta fuerza.

-- « **¡De pie y al orden mis HH !** » -- El ritual masónico se refiere a la tentativa de transformar el caos en orden. Es una verdadera elección que establecemos en una relación que nos separa del mundo profano, en un contacto directo con los misterios (de ahí la palabra «mystes» que define un iniciado). Entonces, el francmasón se vuelve iniciado, quiere decir que «existe» en el sentido etimológico, en su capacidad a inscribirse en un movimiento de creación. En este momento, el masón se vuelve, él mismo, en cierta forma un símbolo de esta creencia.

-- «**¡Que la sabiduría ilumine nuestros trabajos!**» -- El trabajo del iniciado nace en este lugar separado del mundo profano, pero se prolonga en él. Ser francmasón no es tener una identidad, es pertenecer a un grupo que comparte la filosofía de la mejora del Ser a través la noción del trabajo, de la equidad y de la fraternidad.

Diciéndolo de otra manera, creer se basa sobre una relación (irracional a veces) de confianza. Durante siglos los creyentes tenían confianza en “gran relojero”. Pero, este contrato de confianza se quebró en el siglo XVIII. Desde esta época, numerosos pensadores trataron de acabar con la «superstición»... *Sin embargo, derribar las columnas de las iglesias ¿significaría el fin de las creencias?* Claramente que no... pues, fueron los revolucionarios franceses que propusieron un ¡«culto al Ser Supremo» (sic)! Por su parte, los Francmasones que no querían seguir creyendo en un Dios como lo exigen los “regulares”, desarrollaron una referencia casi sagrada a un cierto GADU o a una Francmasonería dicha «Universal»...

De hecho, los ideales no faltan, ya que la sociedad moderna - al igual que las antiguas - sigue estableciendo sus bases sobre lo que los sociólogos llaman el «Poder de lo sagrado» o el «Poder de las creencias». Interesante notar que, desde aquel entonces (siglo XVIII), un transfer de transcendencia se operó poco a poco en la sociedad, entre lo religioso y lo político.



La ciencia y la técnica se encontraron también investidas de un aura de santidad, al punto que «la religión de la ciencia» tiende

a sustituirse a las creencias religiosas. De hecho, la evidencia histórica nos muestra que “creer” aparece como una necesidad inherente a los seres humanos. Los masones no hacen excepción...

Los sociólogos dicen que lo que es patológico no es de no tener fe, pero de perder toda capacidad a ilusionarse. Por otra parte, la medicina asegura que, para la buena salud mental del ser humano, tener ilusiones es indispensable. Así, asociada a la pulsión de vida, la necesidad de creer puede encontrarse satisfecha por la adhesión a un ideal. Así, «mi ateísmo no es un saber: es una creencia», declara el filósofo Comte-Sponville...



Hoy día - mala o buena suerte - los ideales del tríptico “Política, Ciencia y Técnica” parecen haber perdido de su aura... y, los que todavía creen en el dios «economía» ¿se acuerdan que éste tiene una base tan indemostrable que las de las diversas religiones? En particular, la creencia en la «mano invisible»... Tampoco los ideales seculares resisten frente el tribunal de la razón... Incluso, y con respeto a la ciencia, esta no puede explicar todo. Así, la reciente crisis sanitaria ha contribuido al desarrollo de una duda generalizada, y además la ciencia médica se vistió de una dimensión casi religiosa – los profesores asumiendo la función de sacerdotes, yendo hasta pronunciar sentencias de excomunión hacia los considerados como herejes.

Como lo decía Henri Poincaré (1854-1912), *«dudar de todo o creer todo, son soluciones igualmente fáciles, que, la una como la otra, nos dispensan de reflexión»*.

La búsqueda de ideales puede - sin embargo - ser la oportunidad de volver a dar frescura a las «cofradías», en lo que tienen de mejor, cuando son fieles a su vocación de proveedoras de lazos.



De hecho, el filósofo alemán Habermas constata que nuestras sociedades redescubren la importancia de las raíces culturales para nutrir una ética renovada. El momento actual ofrece quizás la posibilidad de reinventarse, y no simplemente en el mundo profano, sino «en masonería», tomando lo mejor de lo que la modernidad nos pudo traer (libertad de conciencia, emancipación del individuo,

nuevas tecnologías), añadiendo «un sentido que sea tan potente como el de las antiguas cofradías». Fue éste el camino que tomaron nuestros antepasados del siglo XVI para salir de la crisis de conciencia que se vivió en esta época. Aprovechando la famosa duda cartesiana y rehusando dos excesos: «excluir la razón, admitir solamente la razón», supieron pasar encima de la oposición binaria entre razón y fe, para volver a encontrar «el sentido de lo que en el hombre va más allá de lo humano». Aquí está el desafío al cual nuestra sociedad - y la Masonería – se enfrenta: encontrar este equilibrio necesario cuando la necesidad de creer se ajusta al deseo de saber y de construir...

En tanto que masones, preguntamos nos:

«¿cuál es la base de mi energía de vida?» ... ¿La búsqueda de la verdad?

¿El aporte de la fraternidad, que me vincula a mis Hnos y Hnas en humanidad, pero también al mundo que me rodea?

¿la lucha por la igualdad de derechos entre humanos, por la apertura y el respeto de las culturas? ¿sería el símbolo de la cadena de unión que nos vincula en el tiempo y en el espacio?



Cumpliendo nuestras tareas de «buscadores» sigamos reflexionando y tallando nuestra piedra al lado de nuestros HHnos y HHnas, pues ¿existe otra cofradía que se preocupe como la francmasonería de la evolución intelectual de la humanidad, de la necesaria introspección para buscar la “chispa” que pueda iluminar nuestra existencia?

Como dice un VHno, *“¡Esa voluntad de inculcar a los iniciados la búsqueda de lo universal apoyándose sobre valores estables como el bien, lo bello o lo justo, luchando contra ilusiones, me permite pensar que no estamos en una cofradía más!”*. En este contexto, si nuestra utopía de un mundo mejor - y de una Francmasonería en fase con la sociedad - se puede realizar, estamos convencidos que se hará únicamente en base a nuestra capacidad de trabajo individual y colectivo, a nuestra capacidad de adaptación y de evolución, entre razón y corazón, a nuestra paciencia, determinación y sabiduría, a nuestra capacidad a caminar en el mosaico societal, a nuestra determinación a luchar contra la ilusión del poder, y, por supuesto, en base a la unión en la diversidad.

He dicho VM.